

Estudio para una apoteosis
de los ángeles caídos

CUADERNO PRIMERO

La mala fama, con sus negras raíces

A

Unas damas muy ávidas

1

LLEGADA DEL MUCHACHO TURCO EN UN BAJEL A CÁDIZ

Con la fresca de la noche arribaron dos bajeles de la Flota Imperial con cien «apaleadores de sardinas», que de esta jovial manera saludaba El Puerto a los galeotes turcos. Sus brazos, a sueldo del Tesoro y con cuota de mercenarios, los empleaba don García de Toledo a falta de forzados en las galeras que hacían, de Esmirna a Cádiz, las escalas de Levante.

En un santiamén aconcharon al cantil entre los saludos de los niños y los pañuelos agitados de las mozas que hacían ventana, y de aquellas otras, amigas de una noche, que corrieron hacia el puerto aupándose las tetas al escote, para salir al encuentro de aquellos hombres cansados de seguir la ruta del ámbar, del estaño o del azafrán.

Poco antes del alba, la bruma se tupía en torno a los fanales mecidos en la trabazón de maromas, postes y trapos. Con la primera luz germinó la doradura de la estatuaria con tritones, sirenas e ima-

Los veo venir en lo convexo de la copa que acaricia Tetis, donde se refleja el rectángulo luminoso del mirador. Hace tiempo que los dedos de Tetis se fueron con Tetis para siempre. Pero, en el pequeño mirador dibujado en la copa, aún puedo contemplar los bajeles a todo remo, henchidos de ancla a ancla, sonando por todas las maromas, por todos los pernios, por todos los juanetes, por todas las crucetas.

Vuelvo la cara una vez más hacia el espejo. Todavía está allí Tetis desnuda, sentada en su sillón, hermosa y transparente, como pintada en seda con las medias negras, y Polidora, la serpiente pitón, dormida en sus muslos. Por

ginería de tafetanes, gala para la soberbia que, en los acrostolios y espejos de popa, iluminados de heráldica a la chamberga, cifrara el señorío naval de Lepanto.

A la salida del sol redobló la crujía en la obra muerta, con las cajas del compás de boga que convocaban a la dotación para las faenas de lampaceo. Y al punto oscureció la cubierta la formación triste y fatigada de desnudos bogavantes y juaneteros que, por haberse acortado las raciones de la tropa, venían afilados de narices como sanjerónimos.

Entre ellos se contaba uno particularmente desmedrado que, al significarse el caimiento de su hechura, ni para galopillo fue reputado de utilidad, y de paje decían que le fatigaba la escoba. Por eso fue satisfecho y, sin más, despedido de su encargo de marinero, mientras el equipaje daba a la banda el carracón para el calafateo de los lastimamientos de la gloriosa quilla, mellada de cuidado al guiñar el derrotero de los piratas berberiscos que de Dios no hayan, que son de peor instinto que el otomano, pues, por forajidos, carecen del rigor que, en las guarniciones, el noble carácter marcial atempera.

El muchacho tomó el arrecife de las salinas con el ábrego a las espaldas, una esterilla por yacija, los zahones rayados de halacabuya de la Real Armada y un abraxas de piedra negra de la Caaba al cuello, con el que un bajá saldara su servicio de mancebía en Estambul. Las fétidas emanaciones de las ciénagas y la quemazón canicular, espesadas en la marisma de San Carlos, le trajeron a sestar bajo un limonero en el pasto de ababoles somníferos que tutela el Guadalete.

ellos deslizo mi mano lejana, mis dedos que se apresuran a acudir al lugar donde tantas veces eran reclamados, donde, tras ellos, iba a menudo el amoroso estilete de mi lengua.

A él le acuden todas las desdichas.

Las turbonadas del Peloponeso, azote de las maldiciones de Santelmo.

De todo ello le quedaban algunas huellas imborrables grabadas en el recuerdo, que es la memoria del alma, y también en la piel, que es la memoria del cuerpo.

Despabiló la trasposición del muchacho la voz del gentil ángel Gabriel que, en nombre de Dios Clemente y Misericordioso, tronó su «incorpórate y escucha», señalando con el ascua de su espada, sobre la villa, la soledad de una mujer. Y del firmamento se desprendió un clavel de fuego a los pies de cierta dama de las principales, apellidada Zacarías.

Dicen que aquel día tocaron solas las campanas de Velilla, y que sudó sangre el Cristo del Parral, y que un pollo saltó de la cazuela para alabar al Señor, y esto lo atestigua don Zoilo Fadrique en *Portentos sin respuesta en el reino de las Españas*.

2

EN CASA DE DOÑA ZACARÍAS

El ojo del patio multiplicó los ecos de un alda-bonazo, al tiempo que doña Zacarías se llevaba al olfato el clavel. No hubiera soplado un repentino sobresalto en el pecho de la mujer si la aldaba no hubiera vuelto a atronar la mansión con un poderoso repiqueteo, que la empujó, por la escalerilla adosada al azulejo del patio, a trepar la secreta reja del ventano del sobrado.

Doña Zacarías advirtió que un marino había vuelto las espaldas para doblar la esquina. La mujer se atrevió a chistarle.

—Voy de camino y necesito de cabalgadura —repuso el muchacho, sin acabar de comprender que en los días feriados se guardaba descanso en tierra, y que la ausencia de los acemileros tenía aherrojada a aquella dama que empujaba la puerta cochera para que la parra del cenador ofreciese a un extraño como él un refrigerio de perdigado

Polidora, la pitón de Tetis, ocupa ahora mi lugar y amenaza entre sus muslos, la flecha de su cabeza dirigida al pubis. Luego se desliza al suelo y parece feliz ahí, al sol, detrás de los cristales del mirador.

Muchos de los infortunios de los hombres derivan de que no saben estarse quietos en su casa.

Entretanto, sobre la mesa se multiplican las cuartillas con las glosas, los borradores, las

al jengibre, hojaldres, mosto, compota y chocolate en jícara.

La señora extendió su mano cariñosa al cobro de los manteles, interesándose por la satisfacción del mozo. El sofoco de andar del patio a la alacena y de la bodega al chinero, le había soltado las presillas del escote y le volcaba la gelatina de los pechos por encima de la blonda del ajustador.

De uno de los viajes a la despensa, la mujer volvió bienoliente y abrillantada con más bisutería que la necesaria. Por eso el turco escurrió del velador el cuerpo a la silla mecedora.

Con el Ángelus de la tarde, las tórtolas, que en los goterones de los voladizos emparentaban la tintura de sus ojos con los tonos encendidos del amor mundano subido a las mejillas de la dama, afinaron la nota de su runruneo con la del susurrado rezo del rosario en la abadía. La mujer mimaba con las yemas de los dedos, en la entalladura del vidrio de la copa, el licor de láudano, y cruzaba las piernas trayendo maliciosamente a colación el memorial de cierta lectura sobre Gelio, quien con razón se negara a comprar el favor de la cortesana de Corinto por un talento, «pues a tan elevado precio no se debe pagar la contrición».

Luego la dama liberó su melena de la redcilla que la contenía, dando a comprobar la seda del cabello que le alcanzaba el talle. Al hacerlo, casi invocaba con el escorzo una consideración para el abultado límite de sus nalgas. Y otorgando a la blandura de su mano una alusión de caricia, ahuecó las palabras y las diluyó entre los labios alzados

analectas y un breve comentario acerca de los Ciegos Humores del Alma.

Este muchacho no era como el último viajero, un florentino que ostentaba el nombre de Francesco Guglielmo Scamacca della Brocca. La nave en lastre, con el favor en popa, se fue del bajío a las aguas plenas llevándole a otra parte de mejor fortuna. Y tras la palma de Tebaida, en la ventanita, quedó la mano carnuda, crepuscular y emperezada de la mujer, junto a la espina de rape marinado en frío, la taza vacía de infusión de escaramujo y una mondadura fragante de fruta mandarina.

La mujer se había amapolado con agua de melisa y arrebol para la despedida, pero al muy ninfo del italiano no se le ocurrió mejor cosa, a última hora, que pedirle un sinapismo de mostaza, pues solo pensar en el aguaje de la travesía le ponía las sienas a estallar. Ella le quiso apacentar por última vez, mordida por el deseo.

—A ver qué se puede sacar de aquí —le dijo, al verle la pija desmirriada.

—De menos nos hizo Dios —respondió el italiano.

al vuelo con los púrpuras del ocaso que pintaba vencejos en sus pupilas.

El turco, como si huyera la dificultad del entramado de los bodoques del justillo, emprendió de primeras la labor por debajo, rescatando de trenchillas y atapiernas el amor de las bragaduras, extrañado en los vuelos y faralaes de las enaguas. Hubo al mismo tiempo algo de oficio de laminería por el pabelloncito de la oreja, que la mujer ofreció secretamente, aunque no tan secretamente que al mozo no le asaltaran los lóbulos en cada viaje de la gozosa lengua por nuca y cuello. Con las sayas, cayó sobre las tarimas la ramita de estoraque que le aromaba el cuerpo.

Que los ojos de la mujer hubieran merodeado la reciedumbre que dejaba adivinar el turco bajo los bombachos, en poco alivió su súbito asombro cuando las yemas de sus dedos midieron al fin, en toda su realidad, el objeto de su grosero deseo.

—¡Santo cielo! —casi gritó.

—Es cuestión de aclimatarse —respondió el muchacho, asomándose a los declives velludos de los bordes rosados y deleitables del «abismo», que aguardaba su sumisión desde toda la eternidad, como la flor carnívora aguarda a la mariposilla incauta nacida por la mañana.

No sin sudar un punto de hielo por cada poro, y asida por las frutas de los pezones recién salidos del envoltorio, que se erguían en el almidón de los primorosamente calados juegos de encaje del corpiño, se integraron denuedos y posturas en la abigarrada escenografía del cenador, cuyas sombras maduraban sus pigmentos con la presencia de

Sería por eso por lo que el turco la encontró atroz en el querer, muy convulsa y desaforada.

El «abismo» fue el mayor descubrimiento de la imaginación de los místicos, cuando la lengua no alcanzaba a expresar más cualidades de la Divinidad, a la que el maestro Eckhart llama «sima inmensa e informe, silenciosa y desierta». Y más adelante: «Con verdad de la buena digo que a esta centella [al alma] no le basta la unidad con la divina Naturaleza. Y aún diré algo que suena todavía más maravilloso: no le basta la simple e inmóvil Esencia divina, que ni da, ni quita. Quiere el abismo».

El alma, por ello, solo es plenamente feliz cuando se arroja al total abismo, donde no hay modo, ni imagen, sino un hundirse en ese abismo, que es como un extraviarse, pues en él no existe ni forma, ni sendero, ni ley, ni medida.

Este género de negaciones pasionales se hallan todas reunidas en un pasaje del beato Rusbroquio: «A este sigue el séptimo peldaño [del amor], lo más precioso y lo más elevado que se puede gozar en el

la lujuria. Tiritó del vientre la mujer al ingreso de todo aquello, pues el achaque amoroso se lo tenía contraído.

Pero este no era como aquel gznápiro de frágiles riñones. ¡No señor! Este la trajo y la llevó, la abrió y la cerró, la amasó como a pan, le chupó los huesos como a un pájaro frito y se la comió entera en un meticuloso ritual de sobremesa. Y entregado a su peculiar liturgia, la puso luego patas abajo, cambiándole los métodos escritos del amor, hasta darle gusto por donde no debía. Así se alivió de varios meses de abstinencia.

Nunca fue una mujer tan bien apretada, tan bien asida y tan bien dañada. La Zacarías entraba y salía de este mundo en las alas de las recias embestidas de Príapo, los besos sapientísimos de Adonis y las malas artes de aquel barquero Faón, por cuyo amor Safo se arrojó al Helesponto. No hay quien diga que ha visto gozar a una mujer, que no la haya contemplado rogando a gritos que se la tenga debajo para siempre o se la mate allá mismo.

Se adivinaron entonces, entre los «¡vida mía!» y los «¡oh, tesoro!», algunos «¡más, más!» y «¡así, así!», y sonó un musitado, largo «¡no pares!», abierto a la reiteración dialogada que combinó los «¡zorra! ¡zorra!» apasionados del muchacho con los «¡ladrón! ¡ladrón!» de ella, cambiados en el recipiente mismo de la boca. Y acompasando sus ayes a los arrestos de unos tan terribles embates de varón, bramó doña Zacarías como una cierva asaeteada, por aquel infernal goce que al instante le hubo de venir a desmayar y amortecer.

tiempo y en la eternidad. Esto sucede cuando, elevándonos por encima de todo conocer y saber, encontramos en nosotros una ignorancia sin fondo..., y también cuando hallamos, por encima de todas las prácticas, un eterno vacío, y cuando consideramos a todos los espíritus bienaventurados desprendidos, desasidos y perdidos, en su supraexistencia, en una desconocida oscuridad sin forma». (Acerca del concepto de «vacío», ver NOTA BENE *infra*).

Sin embargo, los lazos del amor son débiles. Se desvanecen cuando uno de los dos amantes ve posible la ruptura. Lo sublime del amor reside en la ignorancia de que alguna vez ha de terminar.

NOTA BENE: El «vacío» no existe; le aplicamos un concepto de no ocupación, que lo hace mensurable, por lo tanto, «lleno». Lo mismo puede decirse de la «nada». Escoto Erúgena, (De *Divisione Naturae*, 1, III, c. 19, Migne, Patristica Latina, tomo CXXII, pg. 681), a Dios le llama «Nada», porque no se le puede reconocer en nada de lo que existe.

DOÑA CAONABÓ AVERIGUA POR SU FÁMULA

La hija del abacero, que servía por las tardes a doña Transfiguración en el vecino palacio de los Ojeda, fue rescatada del estropajo por el eco del campanillo de la señora que, subida a la soledumbre de la alcoba, se había despertado a los gritos de la vecina, y quería saber si había para tanto en el patio de la comadre.

Volvió extrañamente fascinada y sin habla la chiquilla. Y sin querer su dueña saber más, la despachó de nuevo en busca de aquel turco, esta vez comisionada de un abarrote de pejepalo como presente; un quitasol catanés, de milenario ámbar el puño que traslucía un petrificado, inimaginable mosquito; un astrolabio por demás significado de zodíaco a la manera arábica, de los que el latón de los nimbos graduados conjuga posiciones y movimientos de los astros, para quienes entiendan en largar por los cielos quiméricas visuales; y un papagayo mecánico armado en Nueva España, que traía al pico las insolencias que dicen los papagayos indianos, por obra de un mecanismo de cuerda llevado dentro, y que ponía a la madre de quien lo echaba a andar de gran puta para arriba.

Se atusó pelo y lazos la fámula, se ahuecó la falda nueva con un miriñaque muy en moda e intentó exponer al sarraceno cómo no le traía un asunto baladí, que venía como precursora y faraute de su ama que deseaba ser volcada. Y puesta a exponer, expuso también la moza, abreviando, que tuviera a bien volcarla a ella primero, ya que a la vista se

Comportamientos que nos parecen derivados de lo que llamamos cultura, se encuentran en la mayoría de los vertebrados: entre los monos babuinos existe una jerarquía establecida y un orden fijo en los desplazamientos. Por el contrario, conductas que parecen instintivas en el hombre, como ciertas formas de andar, de correr, de sentarse, de trepar a los árboles, de nadar, son hábitos aprendidos dentro de una sociedad determinada.

Incluso en el dominio sexual, en el que el instinto parece dueño y señor, existe el aprendizaje. Los monos jóvenes, llegados a la madurez genital, con frecuencia tienen necesidad de imitar el ejemplo que les dan los individuos de más edad.

Las arañas enamoradas huelen a distancia los palpos cargados de esperma del macho. Si su pretendido es tejedor, ella anunciará su presencia moviendo cautelosamente los hilos de la tela. Entonces será recibida cordialmente y acariciada con suavidad en los vellones de la nuca. A veces ella ejecuta una aparatosa

ofrecía lo que a la doña Zacarías le había dejado transportada y sin sentido.

La chiquilla, puesta en júbilo por la aquiescencia del muchacho, pronto se derrama en el parterre que el umbráculo de la pérgola cobija. Sin otros preámbulos, se abre el corpiño y aguarda. Por lo demás, ya venía sin calzones. El musulmán queda un momento embelesado y enseguida cae sobre ella canturreando el himno de guerra de los drusos, «cuando nuestra espada se desenvaina cobra nuevo brillo», que el Gran Maestre Hasan ibn al-Sabbah ensayó en la solfa de los fieros Hermanos Guardianes de la Montaña Mística, que los cruzados del Temple bautizaron «Asesinos».

Entonces la Zacarías, aún no bien recuperada del desmayo, alza las acaloradas ubres del frescor salpicado de una lengua rumorosa de agua sacada de la boca de cierta bicha en alabastro que un Jorge o un Miguel domeña, para gritar a la fámula que se detenga, que la verga del turco hechiza, como la de lobo untada de sebo de ahorcado y traída al beso obsceno, pues el turco no es sino uno de esos demonios con forma humana que en el amor se hacen arriba o se hacen abajo; porque, cuando le entraba, le quemó como tizón infernal y oyó cómo tomó la palabra la mandrágora del patio, para apellidarla «lengua de Sausina de ojos turbios y rabo de Maese Leonardo», y oyó el recitado del Ángel Caído en los trazos de sangre del Gran Libro de Sabasio, y ella misma se vio volar y engullir sapos hervidos en orines, y pan negro del diablo, y carne de niños sin bautizar crucificados en manteles de ara santa, y oyó cantar de

danza nupcial (costumbre de la *Pardosa Nigriceps*); a veces obsequia a su amante con una mosca recién cazada (costumbre de la *Pisaura Mirabilis*); a veces lo devora tras el coito (costumbre de la *Latrodectus Mactans*).

Casi siempre tenemos falsas alegrías o falsas tristezas.

Dónde aprendiera doña Zacarías a despejar los enigmas del parlamento de la mandrágora, de usar verga de lobo y traerla al trasero, de poner a hervir sapos en orines, de amasar mijo negro o de leer el destino evocando las palabras del Gran Maese Leonardo y de la diablesa Sausi-

gallos sin que el signo de Hécate palidiese en el firmamento.

A pesar del florido discurso de visionaria de doña Zacarías, la sirvienta de la Caonabó recibió sin empacho aquello de lo que el turco, viajero de la Sublime Puerta, llave interdicta de los arcanos de un Asia pecadora, era depositario. Se sintió por un instante la chiquilla Señora del Mal y algo Barragana del Príncipe Belcebú, y se descolgó luego con que encogerse de hombros ayudaba en su tanto a comprender que aquellos demonios que en amor se hacen arriba o se hacen abajo, tampoco eran tan horribles como tronaban los dominicanos por todos los púlpitos de la Católica Monarquía.

Sin componer el desorden que a su cabello y a las lazadas y cintajos del corpiño ocasionó el abrazo, sin siquiera precaverse de alisar la morosa huella que el armazón del miriñaque había retenido de la presencia de un cuerpo de varón, apenas vuelta en su acuerdo de las dichosas, increíbles nupcias, voló a participar de la nueva a su señora Transfiguración Ojeda, la Caonabó, como se la conocía en toda la campiña del Guadalquivir, por ser bichoza del conquistador Alonso y de la hija del cacique de La Española.

No hay que decir que a doña Caonabó se le abultaron las mejillas de asombro, puesta a cerciorarse por sus sentidos de que lo dicho no era imaginación de la chiquilla. Y rogó al musulmán que desplegara sobre ella misma aquellos sus arbitrios, si bien oficiando los júbilos de Amor con un cierto orden, en razón de hacer recuento de pormenores

na, la enemiga de los recién nacidos, era cosa de saberse. Pero le importaba eso menos a la fámula que la tembladera que le atacó los muslos al contacto del Gran Misterio, la Clave del Placer, la Visita del Cuerpo. Y al «¡válgate el Cielo!» de la Zacarías, la chiquilla hizo un repetido «¡para tu padre!» con el dedo obscuro.

Entretanto, la vecina Zacarías levantaba abracadabras al yeso de una Nuestra Señora puesta en lo hondo de la hiedra crecida a la hornacina, sobre una repisa con semillas conservadas en

para poder narrarlo luego a los nietos, si alguna vez los tuviera.

La fámula tendió en el césped una gualdrapa de pellejos de cordero y alzó un candil para mejor leer en el paso de las cuentas de un ábaco el número de accesos de su dueña, que alcanzaban, por la media noche, la docena larga.

espíritu de vino, exvotos de cabellos y dientes, rizomas de ensalmar, piedras de galena milagrosa, junto a una cera extinguida sobre unos panes de oblada ofrecidos por difuntos pecadores, de memoria dilecta.